

ó sus puertas, coger los pajarillos, ó quebrar los huevos y destruir el nido. Las mujeres me trataban de sacrilego, y sólo toleraban estos atentados por consideración á la bondad y á las virtudes de mi padre. Un día me fui armado de un larguísimo varal á caer el nido de la golondrina que criaba en el techo del portal de la casa de Ayuntamiento; y para que la pájara no se me escapase, cerré, aunque con trabajo, las altas puertas de la calle; mas la pobre avecilla, despues de haber volado en torno de sus hijos, se me escapó por una reja baja, de donde salía un débil resplandor de luz artificial. Fui á asomarme, alzándome en las puntas de los piés, y vi un lóbrego calabozo, de donde se exhalaba un olor fétido y se escuchaba ruido de cadenas, acompañado de bajos y lamentables suspiros. Sorprendíome esta triste mansion, y más cuando sentí una de mis manos, que tenía apoyada en la reja, cogida y apretada por otra mano áspera y sumamente ardiente. Quise huir, mas no pude desasir mi mano. Entónces se presentó á la reja un semblante descarnado y pálido, casi cubierto todo de una barba espesa y cana. Salieron de sus labios trémulos palabras, entre las cuales pude distinguir: «No temas, hijo; soy un pobre preso» (1). El temor, que me erizaba el pelo, no me impidió buscar en mis bolsillos, con la mano que tenía libre, un real de plata, que era mi caudal, y alargarle á aquel espectro. Pero él, asiéndome tambien de aquella mano, me dijo: «No... no..., es menester que me salves la vida.» Mi situación no era muy cómoda, porque el buen hombre, tirando de mis brazos para acercarme á sí, me obligaba á apoyar la frente contra la reja; pero la curiosidad y la compasión me la hacían tolerable. «Soy un pobre anciano, abandonado en este calabozo por una muerte acaecida en un pinar de esa sierra, y mi inocencia sola no me librárá á lo ménos de perecer de frío y de mis achaques si me coge otro invierno en esta cárcel. Mira, hijo mío, en tu casa está, segun he sabido, el señor don Juan Meléndez, fiscal de Valladolid; cuéntale mis miserias; que me atienda, que estoy con calentura hace seis meses; que me haga el favor, al ménos, de que se me ajusticie prontamente.» El infeliz comenzó á sollozar, y yo igualmente, sin tener ya miedo ni acordarme de la golondrina. Eran cosas más serias las que debían ocupar á un hombrecito que podía ya salvar la vida á otro. Lleno de estas reflexiones hablé, lloré, conmoví; me acuerdo que mi padre exclamó abrazándome: «¡Ay si viviera tu madre!» Don Juan Meléndez era muy sensible. Vió al preso, se informó de la causa, le halló inocente y le ofreció su apoyo. Yo no cabía de gozo, me veía acariciado y fuera de un pupilaje en que me habían metido por travieso. Pasmábame el que ser bueno fuese tan fácil y tan agradable. Tres meses habian pasado desde que Meléndez habia llegado á la chancillería, y mi preso caía en una melancolía, de que ni mis socorros ni mis consuelos podían sacarle, cuando un día recibió mi padre carta con copia de la favorable sentencia.

¡Yo que lo oigo! sin decir nada á nadie, sin buscar el sombrero (nevaba fuertemente con ventisca), plántome en la calle, corro á la cárcel, me empino á la reja y grito como un loco: «Tío Moreno, ya está usted libre.» Esta imprudencia causó el efecto que era natural; el anciano cayó redondo en tierra, dando con la cabeza en el poyo de la ventana. Por fortuna mi buen padre, sospechando el motivo de mi salida, habia venido á buscarme, y por su órden fué socorrido prontamente el

(1) La cárcel de Piedrahita está en el piso bajo de la casa Ayuntamiento.

preso. Éste de allí á pocos dias salió de la cárcel y pudo pasearse por el pueblo, llevándome en brazos siempre á la taberna, al juego de pelota, al tiro de barra, y á todos les decía: «¡Este es el ángel que me ha librado.» Yo le quise mucho, como que le debía los mejores ratos que habia experimentado; y le socorrí hasta su muerte, que no sucedió sino algunos años despues, sin que los muchos que han pasado hasta el día me le hayan hecho olvidar. Siempre que miro en un techo un nido de golondrinas suspiro por el tío Moreno; pero este suspiro mismo no carece de dulzura.

Cuando algun fatuo en Madrid me pregunta con desden cómo puedo vivir entre las peñas, casi que me da gana de contarle este caso, y hacerle comprender que la felicidad no sólo habita allí en los coliseos, en las concurrencias ni aún en las bibliotecas espaciosas; se la suele encontrar, aún sin buscarla, hasta en la reja de una triste cárcel!

USOS, TRAJES Y MODALES DEL SIGLO XVIII.

(FRAGMENTO.)

El siglo XIX, en que hoy vivimos, ha ocasionado tal revolución en nuestros trajes, usos y costumbres, que es necesario para comprenderla haber visto ó oído muy por menor el método de vida que observaban las gentes en el siglo anterior, que tuve la fortuna de alcanzar.

Apénas un caballero se levantaba del lecho, ya se le estaba esperando para hacerle la barba (porque ningun español se afeitaba á sí mismo); esta operacion era entónces más dilatada que en el día, en que dos tercios de los caras se quedan sin rasurar. En seguida de este afan comenzaba su oficio el peluquero, que no empleaba poco tiempo en batir, ensebar, freir y empolvar la cabeza. Acto continuo principiaba el prelijo trabajo de vestirse, que no le finalizaban los más diligentes en ménos de tres cuartos de hora; tantas eran las piezas de sus atavíos, y tantas las hebillas con que se ajustaban, desde la que apretaba el corbatín hasta las que sujetaban el calzado. Terminada por fin esta faena, nuestro hombre ceñía su espada, tomaba bajo el brazo su sombrero, y se encomendaba á Dios para arrostrar la intemperie á cuerpo gentil y la cabeza descubierta. Si caminaba á pié, era con suma precaucion y tiento, para librarse del polvo ó de los barroes la media de seda blanca y el zapato á la mahonesa. Conoció un militar que adquirió una extraordinaria consideracion y fama porque atravesaba á Madrid en invierno sin enlodarse. Y no era extraño que tal cualidad fuese envidiada, porque el correr las calles no era empleo limitado, como ahora, á los que tienen agencias ó negocios. El más independiente de los hombres tenía los indispensables deberes de un ceremonial distribuido con tal exactitud y precision, que no habia dias de holganza. Se daban pascuas tres veces al año; se felicitaba á todos en el día del santo de su nombre y en el aniversario de su nacimiento. Faltar á una enhorabuena ó á una misa de parida era bastante para que dos familias se enconasen. El más corto viaje no se podía emprenderse sin una despedida general, que tenía su paga al día siguiente, y se repetía á la vuelta con nombre de bienvenida. En las festividades de los santos cuyo nombre más abunda, un extranjero que entraba en cualquier ciudad ó villa la hubiera juzgado en una vuelta en una conmocion política ó en un incendio. Las gentes todas, corriendo azoradas, se encontraban, se impelían, gritándose y estorbándose. Habia infelices que se caían muertos de cansancio y despecho por faltarles el

tiempo para acudir á peinar, calzar, afeitarse y vestir á sus parroquianos. Tal era la sociedad en estas solemnidades. Pero hablemos de los dias ordinarios. Á la una se comía, y se comía más que ahora, pero era necesario más habilidad para saber comer que para saber ganarlo. Habia unos cucuruchos de carton para adaptarse encima de los vuelos, porque era cosa sentada que el uso de las manos era nulo miétras estaban rodeadas de tales adornos. Se habian inventado otras máquinas y preservativos para librar de manchas el bordado de la chupa y las vueltas del pecho de la camisola; pero ninguna de estas invenciones era tan complicada y singular como las que habia que usar para dormir la siesta, costumbre general y tal vez útil en nuestro clima. Yo vi al célebre Jovellanos boca abajo, sin tocar en la almohada sino con la frente, para no descomponer los bucles.

Porque sólo á las personas que no habian de concurrir despues á grandes tertulias, les era lícito prescindir del peinado y recogerse el pelo en una redecilla. Estos salían embozados en una capa de grana, pero no más aptos para pasear en el campo, porque la media de seda y el escarpin no permitía salir de los caminos reales. Al fin, los hombres sentaban el pié, pero las damas, elevadas sobre dos tacones, daban pasos peligrosos y parecidos á los de la gallina cuando escarba. Oprimidas además por una cotilla cruel, ¿qué ejercicio podían hacer, ni qué agitacion eran capaces de resistir? Tan perpétua era en ellas la cotilla, que habia madres de familia que criaban á sus hijos dándoles el pecho por una pequeña trampa ó portezuela practicada en el peto de la cotilla misma, miétras las infelices criaturas, apretando su rostro inútilmente contra las inflexibles ballenas, buscaban el calor del seno maternal.

Habia día de tres metamorfosis en los caballeros. Capa y coña á la mañana, á lo militar despues, y á la tarde de majo para ir á los toros. Para tan dulce recreo mezclábase entre la plebe los más graves personajes con montera malagueña. Y allí se divertían á silbar ó se desgañitaban á pedir perros. Los teatros (llamados corrales con mucha razon) no ofrecían mayor moralidad ni ménos alboroto. El silencio, decoro y compostura lo tenía reservado la gravedad española para las tertulias. Nada en efecto más grave y patético que un *refresco*. Las damas en el estrado formaban una batalla inflexible, que no daba otro signo de sensibilidad que el movimiento acompasado de los abanicos. En otra paralela, se hallaban los señores, tambien colocados por el órden de clases, dignidades y méritos. Como si allí se hubiesen reunido, no á solazarse, sino á escuchar la tremenda sentencia del valle de Josafat. Nada de música, nada de baile, nada de conversacion festiva ó interesante. Sólo los jugadores de naipes, colocados en medio de la estancia, tenían derecho á gritar y decirse baldones, ó marcar á porrazos en la mesa el número de sus triunfos. Pero éstos eran piés fijos, que jamas cedían su puesto, y cuya vida habia sido un reverso de medio siglo. Concluida esta funcion, retiradas las familias á sus casas, empleaban tanto tiempo para despojarse de sus complicadas galas, como el que habian gastado en adornarse de ellas. Miétras que se desarmaba la cabeza de la dama, abatiendo el enorme erizon y escofieta, en la frente de su esposo se destruían baterías de rizos, que se envolvían en algodones. ¡Cuántas de estas nocturnas sobremesas presencié siendo niño, admirado y afligido al ver disminuirse, aniquilarse la estatura, la forma y el volumen de los autores de mi existencia, cuyas facciones y fisonomías quedaban para mí desconocidas!

La última de las diarias ocupaciones ostensibles de nuestros mayores era la de dar cuerda á los relojes de faltriquera; y no era éste pequeño ejercicio, porque cada individuo usaba dos, y cada uno con dos sobrecajas. ¡Todo era duplicado en aquel feliz tiempo! Dos muestreras, dos pañuelos y dos cajas para el polvo.

Tal es el bosquejo de aquellas costumbres, inocentes cuanto se quisiere, pero formularias. El propietario, el mercader, el artesano, el pobre, el rico, el noble y el plebeyo, por fórmula entregaba su hijo al domine; por fórmula se matriculaba el gramático; por fórmula emprendía una carrera; por fórmula se graduaba; por fórmula tomaba un uniforme; por fórmula se embarcaba para América, de donde volvía sin saber que habia antipodas; y por fórmula, en fin, el mayor número de los hijos de familia se dedicaba á la profesion vitalicia de pretendiente en la córte, gastando, encaneciendo y meditando la *Guía de forasteros*. Pero la profesion más formularia en trajes, usos y modales ha desaparecido como el nenúfar y plantas agáricas por el cultivo. Tales eran los abates, objeto de tonadillas, de sainetes, de países de abanicos. Objeto de curiosidad, de admiracion y de entretenimiento para el bello sexo, como lo son las mandrágoras para los aprendices de botica. El que quiera conocer á fondo las costumbres españolas en el siglo XVIII, estudie el teatro de don Ramon de la Cruz, las poesías de Iglesias y los caprichos de Goya.

LA DUQUESA DE ALBA Y FRAY BASILIO.

La persona de quien hablo es la última heredera de los estados de Alba, María Teresa de Silva, en quien la naturaleza habia personificado tan hermosamente la beneficencia; y digo la naturaleza, porque el arte nada habia hecho en su favor. No habia recibido educacion alguna, ni habia oido buenos preceptos, ni habia leído buenos libros, ni habia visto sino malos ejemplos. Mas la naturaleza de este sér era respecto del bien, lo que la de los metales respecto del iman.

La primera vez que despues de casada vino á Piedrahita, distinguió entre las gentes que la visitaban á un *fray Basilio*, viejo, cojo, tartamudo, mal criado, y tan ignorante, que no habia podido hacer carrera alguna en la comunidad, y le habian enviado de procurador al convento de monjas de este pueblo. El buen religioso era tal, que la más refinada malicia y la calumnia, que ya se aprovechaba de las imprudencias de aquella amable jóven, no pudo atribuir su familiaridad con aquel fraile sino al extraño capricho de reirse de sus simplezas, y todos le miraban como al Sancho de esta nueva Duquesa, de cuyas faldas era inseparable, y que, para que la acompañase en sus paseos á caballo, le habia regalado una mula muy mansa y andariega.

En una de estas cabalgatas echó de ver la Duquesa que fray Basilio se habia quedado atras y aún perdidose de vista, por lo cual se paró y mandó á algunos criados que corriesen á saber qué le habia sucedido, y aún á poco rato, viendo que no parecia, marchó ella misma á galope en su busca, seguida del resto de la comitiva. Era el caso que el buen fray Basilio habia visto, no lejos del camino, un ternero atollado en una zanja, á quien la madre no podia socorrer, y bramaba alrededor suyo. El caritativo fraile habia dado voces á los lacayos para que volviesen á sacar el animal, que parecia; pero ó no le habian oído ó no habian hecho caso, y fray Basilio habia tenido la bondad de apearse y meterse en la zanja y sacar al becerro en brazos con harto trabajo,

porque ya he dicho que era cojo, que gastaba muleta. No le había costado menos fatiga despues el volverse á subir al borde de la zanja, y lo peor de todo fué que cuando ya estaba arriba, la vaca, que le vió asido al ternero, corrió á quitársele, y á testeradas volvió á arrojar al fraile de cabeza en la zanja.

Á esta escena del drama habian llegado los criados, y áun la estaban celebrando con carcajadas malévolas, que resonaban por el valle de Corneja mientras el fraile perneaba en el fango, cuando llegó la Duquesa. Un grito de ésta hizo cesar la algazara de aquella gente soez, y entraron y orillaron y pescaron al caritativo padre, que en estando fuera contó el caso, añadiendo: «¡Cuerno, señora Duquesa, y lo que cuesta hacer un beneficio!» La Duquesa estaba frenética contra todos, y á un bello espíritu madrileño, que en hora menuda le ocurrió glosar el lance chocarreramente, le hizo enmudecer diciéndole «que el lodo del semblante de aquel fraile valia más que sus epigramas y que su persona», y comenzó á llorar, y abrazó á fray Basilio, y le daba mil besos, y replicó al Duque porque la rogaba que se serenase: «Cuidado, Duque, con ponerse de parte de los malos; que seré capaz de creer que no hay aquí más buenos que fray Basilio y yo.—No nos entienden, fray Basilio. Yo, sí, le conocí á usted desde el primer día, y vi un alma á la manera de esta con que Dios me ha dotado y de que le doy gracias.»—Se empeñó en volverse con el fraile á casa, y no hubo remedio, aunque el Duque proponia seguir el paseo y que al padre se le llevase al pueblo por los domésticos. «De tales domésticos, replicaba la Duquesa, ni mi marido, ni el fraile, ni yo debemos servirnos; ¡canalla, que es capaz de persuadirnos que somos mejores que ellos.»

Nada he añadido: Fontenelle ha dicho, con relacion á un ósculo dado por una gran dama á un hombre de letras, que tales recompensas no son las destinadas á las ciencias; yo no sé si deben serlo á la bondad maltratada, pero siempre he creído que la admirada, envidiada, murmurada, y quizá poco conocida Duquesa de Alba, hubiera sido capaz de repetir en sí misma la accion que cuenta Mariana de doña María Coronel, si posible hubiera sido convencerla de que el alivio de la humanidad se conseguia por tal medio.

Por esta clave tal vez debiera estudiarse la aparente discordancia de sus costumbres.

EL RETRATO DE PEDRO ROMERO.

Siempre que miro el retrato de Pedro Romero pintado por Goya, admiro el ingenio de este artista, que en un retrato de medio cuerpo ha encontrado medios de caracterizar á aquel torero célebre y singular. Su semblante, que está muy parecido, respira honradez y áun sensibilidad, sin que se advierta nada que indique la ferocidad desalmada de las costumbres gladiatorias. Sólo una de sus manos, que está abierta y apoyada sobre el otro brazo, es la que manifiesta la profesion del personaje. Esta mano de atleta se presenta en primer término, y llama la atencion de los espectadores para que no duden respecto al ejercicio y fuerza del que miran. La primera vez que vi este retrato en el estudio de Goya, recordé una conversacion de mi padre relativa á Pedro Romero.

Se trataba de la inmoralidad de las corridas de toros, y conviniendo mi padre en todas las invectivas triviales y repetidas contra este espectáculo, decia que sin embargo habia él recibido una leccion de mo-

ral muy fuerte y profunda en la corrida de toros en que murió un hermano de Pedro Romero. El lance sucedió en la plaza de Salamanca, como saben todos los aficionados. Apenas Pedro Romero, jóven entónces, vió á su desgraciado hermano caer mortal, se dirige á la barrera, toma una espada, y corre hácia el toro sin pedir licencia á la autoridad, sin escuchar las súplicas de su anciano padre, que traspasado de dolor por la pérdida de un hijo, veia probable la de este otro; que amarillo de cólera, erizado el cabello, con sola la espada, sin capa en la otra mano ni ninguna otra defensa, corre hácia la fiera, y para llamarla la atencion y separarla del cuerpo de su hermano da un grito espantoso. Cuando oí aquel grito (decia mi padre), no tuve por increíbles aquellos gritos que en las batallas de Homero dan los guerreros, y son oidos en medio del combate. Este grito produjo un general silencio; el interes de los espectadores mudó de objeto; ya no es el héroe de la funcion el animal perseguido injustamente, y que se venga de gentes asalariadas y de poca importancia que le persiguen. En efecto, ¡qué escena! un padre arrodillado en medio de la plaza, y que pide al cielo le conserve un hijo, al tiempo que acaba de ver espirar el otro. Todo el mundo se interesa ya por esta desgraciada familia. El terror y la compasion en el más alto punto se han apoderado de todos. En este intervalo de silencio trágico, Pedro Romero y el toro se arrojan uno contra el otro, y este último cae muerto de una sola estocada de aquella mano diestra y firme, dirigida por la vista más certera que hubo entre lidiadores. Las voces y palmadas de aplausos resuenan por todas partes; pero ¡oh naturaleza! el sensible Pedro Romero no las escucha ni contesta á ellas; el público y la gloria le es indiferente; no es aquel Pedro Romero airoso y gallardo que concluida la estocada se solia congratular con el anfiteatro de un modo tan halagüeño é inimitable, con aquel movimiento circular del brazo y de la espada, y aquellos pasos apresurados y cortos sobre la punta del pié; es un desgraciado hermano, es un individuo de la humanidad que pasa por la rueda de pasiones y dolores que ocasiona un desastre, y que desde la altura de la ira y venganza cae desmayado entre los brazos de un padre. Los otros lidiadores rodean llorando al padre y al hijo, y los sacan de la plaza. La funcion no prosigue; el espectáculo se da por concluido con este acto; los espectadores bajan de sus asientos, convencidos de que no puede ofrecérseles ya escena que interese. Cada uno quiere ir á meditar en silencio ó á comunicar con sus familias la sensacion que ha experimentado, y á gozar de la seguridad de no haber perdido desastrosamente un hijo ó un hermano.

LA JUSTICIA EN EL SIGLO PASADO.

En la noche de Año Nuevo de este, 1840, quiso mi hermana cenar á la mesa su sopa y su ensalada de apio, y mientras de sobremesa fumaba yo mi cigarro, la hablé del nuevo juez que habia venido, y que me estaba temiendo (como temo siempre que viene una autoridad nueva) que fuese para turbar la tranquilidad del pueblo.

—Ve ahí lo que á mí no me quitará el sueño, contestó mi hermana, que estaba medio dormida.

—Y ¡por qué, María Antonia?

—Porque á quien conoció al corregidor Grima, que es el primer juez que yo vi en este pueblo, nada puede asustarla en la materia. Tú no le alcanzaste, continuó mi hermana, despabilándose y entrando en materia,

Pues era un corregidor de gorro blanco, cogote y cara de salmon cocido, vestido de terciopelo leonado y zapatos de castor. Le llamaban el *Duque, mi señor*, no sólo porque siempre llamaba él así al Duque de Alba, que le habia dado este corregimiento de su señorío, sino porque era más déspota y más endiablado que el mismo duque viejo don Fernando de Silva, y no deja de ser ponderacion. Tan fanático, que no quiso dar cumplimiento á la órden del Consejo suprimiendo las procesiones de disciplinantes, que tú tampoco alcanzaste, y en que todos los borrachos, asesinos y perdidos, vestidos de penitentes, cubierto el rostro y ensangrentada la espalda, en las noches de Semana Santa insultaban, robaban y forzaban impunemente. En Salamanca la Marquesa de Almarza, al entrar en la iglesia, fué manchada de sangre por ellos, y un militar que tiró de la espada para reprimir tan asqueroso insulto, fué arrestado y castigado. Por repetidas quejas se prohibieron, pero en Priedrahita duraron un año más, merced al señor Grima.

Era tan preocupado é ignorante, que formó causa á un mozo de caminos que llaman Pepe el Andarique, de extraordinaria agilidad é incansable en el andar, por lo que el vulgo decia que tenia pacto con los espíritus malignos, y el licenciado Grima por tal delito lo iba á poner preso, si el muchacho no se hubiera amparado de padre, quien se lo recomendó al obispo de Ávila, Merino, noticiándole la ridícula causa de su inquisitorial persecucion.

Otra vez una vieja, á quien, de puro fea, flaca y pobre, la perseguian por bruja los muchachos, fué á pedirle justicia al señor Grima, y él la echó de su casa á bastonazos, y de uno de los golpes que la alcanzó el bestia, quedó tuerta la tia Andrina, que así se llamaba.

Pero cuando la ferocidad de este animal llegaba á su colmo, era cuando se trataba de los privilegios del *Duque, mi señor*. Tenia éste aquí un coto de conejos, los cuales devoraban lindamente los frutos de las huertas inmediatas. Una noche un labrador, careando de su garbanzal una banda de conejos, tiró un palo y acertó á uno de ellos, que fué á morir dentro del coto, y el labrador se atrevió á entrar por él; pero el guardabosque, que se le echó encima, le denunció ante el tribunal de Grima. Pues señor, *embargados sus bienes y á presidio*, de donde no volvió; he conocido á sus hijos pidiendo á nuestra puerta.

Así se administraba la justicia en aquel tiempo, que algunos elogian, no sé si á fuer de tontos ó de pícaros.

¡Me estremezco todavía cuando me acuerdo del día en que dieron tormento al tío Cortijo!—Javiera, véte á acostar, que esto no es para tus nervios.

Voy á contarte aquel caso repugnante, pero útil para tus cuadros morales.

Aquí interrumpí á mi hermana, diciéndola:

—Conocí al tío Cortijo ya muy viejo, y como habia oido decir que le habian dado tormento, le rogué más de una vez que me enseñase los piés, que le habian descoyuntado, y me horrorizaba al verlos.

—Pues bien, continuó mi hermana, era el jóven y buen mozo y trabajador, que andaba á cargas de leña, cuando se le formó causa por la muerte del guarda del monte de la Jura. Es de advertir que no le mató él; quien le mató fué un compañero suyo, á quien él nunca quiso descubrir, y que lo ha declarado al morir en Zamora, muchos años hace. Los habia cogido el guarda cortando en el citado monte público, y mientras dicho guarda contaba los piés para hacer la denuncia, y decia: «No pagais con cuanto teneis vosotros y vuestros

padres», el compañero de Cortijo, indignado, descargó el hacha sobre su cabeza.

Cortijo, encausado y preso (el reo se habia fugado), no estaba ni convicto ni confeso, aunque habia varios indicios contra él, y Grima falló *tormento*. Que se figure cualquiera la consternacion del pueblo al ver entrar por la plaza al verdugo de Salamanca, precedido de la cruel máquina llamada potro. Muchas gentes se ausentaron, y cuando llegó el momento de la cruel ejecucion, los vecinos cerraron todas las puertas y ventanas, y áun creian oír por los cañones de las chimeneas los alaridos del atormentado. Una hermana y la novia de Cortijo (estaba amonestado) tuvieron el valor y la ternura de asistir á enjugarle el sudor y darle agua, que no sé cómo Grima se lo consintió, porque aquel monstruo, al ver que el inocente Cortijo habia sufrido el tormento sin declarar á su gusto, quiso que se repitiese. Entónces se vió un fenómeno bien raro (todas las gentes de mi edad lo saben): el verdugo, abogando por la humanidad, por la justicia, que hollaba aquel mal juez, mal letrado, mal hombre, y resistiéndose valiente y victoriosamente á repetir la ejecucion. En vano Grima quiso que los cirujanos declarasen, por el pulso del paciente, que podia sufrir más. El verdugo se negó, y pidió testimonio á los escribanos, é intimidó al tigre.

Todas las mozas del pueblo con panderos, con vendas, con licores y conservas fueron á la cárcel, y Cortijo les decia:

—Chicas, si esta lengüecita hubiera dicho hoy un sí, no pudiera mañana dar el sí delante del altar á la mi rubia; ella y Dios son quien me han dado el valor en la agonía.

Tales eran las leyes, las costumbres de mi tiempo, y en el tiempo del rey Carlos III, que en verdad él por sí no fué un tirano, pero el pueblo, sí, era esclavo.

LA VIDA DE UN DIPUTADO Á CÓRTEES.

Mi querida hermana: No extraño que en ese pueblo, de donde no sales, me creas feliz y contento, desempeñando el más honroso cargo que la nacion pudo darme. Te equivocas, sin embargo, y para convencerte te diré por menor cuál es mi vida.

Cada día, al despertar, y mientras me desayuno, leo los papeles públicos, y suelo reparar que en la sesion de la vispera han equivocado el monosílabo de mi votacion; y no creas que es éste pequeño disgusto ni pequeña ocupacion la de lograr que los taquígrafos rectifiquen la equivocacion. Al fin á mí, que no he hablado, no me es imposible conseguir esta enmienda; pero ¡ay del triste orador cuyo discurso han cambiado totalmente, haciéndole decir tales simplezas, que cree oír el infeliz las carcajadas que sueltan doce millones de bocas al llegar el correo á las provincias!

Si es día de comision, hay que vestirse de prisa, y á pesar de los lodos y del frio (soy legislador de á pié), acudir á la cita, donde, si se llega tarde, se sufren reconvencciones de los compañeros, y si temprano, se riñe ágricamente con los que van llegando, y se sigue riñiendo y renegando todo el tiempo que la comision dura, que suele ser hasta la hora de abrirse la sesion del Congreso, adonde hay que ir á sentarse ya con la sangre quemada y la cabeza hecha un horno.

Lo que pasa en las sesiones todo el mundo lo sabe, y sólo te hablaré de algunos incidentes que no pueden estar al alcance del público, y que son inevitables en las grandes reuniones. Ya le ocurre á un compañero

venir á comunicarme una nueva agradable, pero es reservadísima, y como él ignora el mal aliento que tiene, me suministra un emético con la mejor intencion. A veces otro, que pasa de pronto por detrás del banco mio, enredando un boton de su vestido en las greñas de mi pelo, me precisa á lanzar un grito agudo, que el Presidente ahoga con la terrible voz *jorden!* No falta quien, pasando por delante, se pára un momento á saludar á las damas de las tribunas, fijando gentilmente su baston en mis encogidos piés y en el único clavo que en ellos tengo; las lágrimas se me saltan en tormento semejante, y tengo que gastar bota rajada por todo el tiempo que dure aquella legislatura. Salgo al salon de columnas para fumar y estar ancho, pero no bien me he sentado, se me acerca un buen patricio á leerme una memoria para acabar la guerra en tres semanas, sin pedir nada á nadie; yo, que procuro hacer más corto el rato, enredando con la regla de rayar papel que está sobre la mesa de escribir, en un raptó de impaciencia hago una carambola con la salvadera y la caja de rapé de un venerable prelado que está leyendo periódicos, y se la abro, y se la vierto, y tengo que pedirle mil perdones por mi mala crianza. Huyó hácia un grupo que se halla apiñado en un rincón oscuro, pero retrocedo al punto, porque están empollando una interpelacion. Me paseo, pero tengo que parar, porque un celoso hidráulico explica á otros varios su plan de canales. Las baldosas del piso son provincias, y en un mar de saliva que hay en ellas, embarca con el pié las puntas de cigarro, que serán los buques que crucen el reino. Si voy á la chimenea, un jugador de tresillo, que disputa con los que le han ganado la noche ántes, me hace juez de sus bien combinadas jugadas, y tengo que ocultar mi ignorancia en los naipes, á fuerza de arcos de cejas y fruncimientos de labios. Por dicha, ántes que llegue el último codillo, suena la campana que llama á votar, y todos acudimos al salon de sesiones. Concluida la de aquel día, salimos, no sin haber precedido cambios y recambios de capas y sombreros.

Si ha sido la votacion interesante, es muy probable que algun conocido que ha estado en la tribuna me diga en la calle con voz severa y dándome en el hombro: *¡Hoy ha perdido usted á esta pobre nacion!* En seguida de esta flor, se vino á mí cierto día un hombre como un gigante, moreno y veloso, á quien yo no conocia, y estrechándome en sus brazos, me levantó del suelo, haciéndome tres veces perder tierra, dándome otros tantos vivas, como á defensor del pueblo. Otra vez en lo alto de la calle, con un viento Norte que llevaba la cara, me agarró un malcontento de la capa, y sobre el cuello de ella se detuvo á escribir por su mano la proposicion que debía yo formular para remediar en parte los males que habia hecho con mi voto, hasta que al fin llegaron en mi auxilio los caballos del coche de un ministro, que le hicieron separarse, y yo logré escabullirme, llegando casi á gatas á mi casa.

En ella es muy frecuente estarme ya esperando algunos buenos vecinos de los pueblos de la provincia, que todos quieren enterarme de sus solicitudes para que las recomiende en los correspondientes ministerios. Es en vano quererles persuadir que un diputado á Cortes es un representante de toda la nacion, no de una sola provincia, y no debe promover asuntos particulares: ellos, que han comido ya, aprovechan el tiempo en que yo lo hago leyéndome ó refiriéndome sus exposiciones y los documentos en que las apoyan. Algunos otros no vienen á solicitar, sino que son electores que influyeron en mi nombramiento, y vienen á conocerme y á compla-

cerse en su obra, ó al contrario á decirme: «Don José, somos francos; usted no ha correspondido á los deseos del país: no le da usted esplendor; no habla usted, y estamos afrentados.» Yo procuro excusarme con mi falta de voz y de salud, y aún les enseño los dientes aporillados y cadaverosos, que dejan escapar el aire de mi boca cual de un fuelle. Nada les convence, ni me queda otro arbitrio que abreviar mi comida, y con ella en la boca despedirles en la calle y refugiarme á un café.

Allí busco una mesa solitaria, pero pronto me atisba algun político que caza de espera allí para saber por menudo todos los incidentes de la sesion del día. Miéntas entre sorbo y sorbo procuro satisfacerle, llegan otros y otros y otros, y tengo que comenzar otras diez veces, y luégo no me dejan proseguir, glosando cada cual las ocurrencias segun sus diferentes opiniones, y la cuestion se acalora, y el codazo de un buen lógico echa á rodar la taza y el platillo ó el braserillo con lumbré. ¡Feliz quien logra salir sin manchas ni quemaduras!

Me voy á mi tertulia á buscar paz. Una señora de familia diplomática, á quien no esperaba yo encontrar allí, exclama viéndome entrar: «Me alegro que usted venga, padre de la patria. ¿A qué no ha apoyado usted el disparate que han aprobado hoy las Cortes?» En vano quiero excusarme, en vano mudo de conversacion. No, no hay remedio, tengo que confesar cómo he votado. La reyerta que se me arma entre los concurrentes dura hasta más de las once. Obligado á tomar parte y deshacer mil equivocaciones, abandono, en fin, el campo, ronco, sofocado y ardiéndome las sienes. Ceno en silencio, sin gana y de prisa, y me voy á la cama.

Viene Farrancho á sacarme las botas, y le tiente el demonio de hablarme de la quinta, y se empeña en que su hijo no debe entrar, y que todos están mal con la ley de reemplazos, y que las Cortes no miran por los pobres. Mi irritacion llega al colmo. La medida se ha llenado, y tengo la barbarie de darle una patada, que le sienta en el suelo. Se levanta y se marcha, y yo me quedo al borde de la cama extático, aburrido, avergonzado de mi brutalidad. Me acuesto, pero no duermo. Las horas se me pasan dando vuelcos. Pienso en el último día de Catón (aunque sea mal comparado), y en la injusta puñada que dió aquel romano al fiel doméstico que le rehusaba la espada con que se quitó la vida.

EL RISCO DE LA PESQUERUELA (1).

El torrente ha callado. Una columna de hielo descendiendo desde lo alto de la roca hasta el profundo estanque, en que la luna refleja un momento, llevada rápidamente en un trono de nubes agrupadas como los precipicios que rodean la cumbre de *Peña negra*; el viento de cuando en cuando sacude las altas copas de los robles de *La Pesqueruela*. Las sombras que forman, se cruzan en el bosque como espectros amenazadores. El silencio de la noche reina melancólicamente, interrumpido sólo por el grito del cuervo, posado sobre un risco del bosque, el risco *del sepulcro*, el risco de las lágrimas. Allí es donde termina algunas veces el paseo del poeta solitario; al pié de aquel risco reposa y medita sobre la desgraciada suerte de su patria. *Patria*, voz funesta en las habitaciones de los hombres, y que el bueno, para pronunciarla, tiene que buscar el desierto ó las cavernas del monte de *la Jura*.

(1) Llámase *La Pesqueruela* la hacienda que SOMOZA preferia, en la cual fué enterrado por orden suya.

Ramón, Paula, María (1), ¡queréis saber mi historia en aquel risco? Escuchad; y cuando la juventud os pregunte cómo y por qué dificultades y amarguras se ha conseguido la libertad pública, contadla el cuento del risco de *La Pesqueruela*.

Es necesario que la memoria retroceda veinte años. Era el año de 1814, era un día de Mayo, y eran las seis de la tarde, cuando mi ahijada Cecilia (2), que apenas sabía andar, entró en mi cuarto llorando, y me dijo: «Esta carta de parte de mamá, que la ha escrito papá desde Madrid.» En ella se referian las prisiones de todos los buenos: el primer nombre que hirió mi vista fué el de Argüelles. No habia acabado de leerla, cuando voces tumultuosas y tiros de fuego llamaron mi atencion. La calle estaba inundada de pueblo; una procesion, dirigida por el clero, paseaba el retrato de Fernando VII gritando: *Viva la religion y mueran los impios*. Cecilia, sobresaltada, se asia á mis rodillas, y mi pesadumbre misma me impedía levantarme. En medio del alboroto se escuchaba una voz de mujer que decia: «Ingratos, infames, no entraréis; le defiendo yo, y daré de puñaladas al que llegue al umbral de la puerta.» Algunas otras mujeres defendian tambien la puerta á los que querian entrar en mi casa: se habia hecho correr la voz por los clérigos de que Argüelles estaba oculto en ella. Quien se oponia era Leonarda, la mujer de un herrador del pueblo. Era jóven y habia servido en casa de mis padres. Yo la vi desde lo alto de la escalera, suelta la trenza del pelo, descubierta la espalda y el pecho, por haberla rasgado el vestido. Tenia un cuchillo en la mano, é insultaba á la canalla diciendo: «Bribones, el día de Pascua vendreis á recibir el pan de la limosna; pero hoy seré yo quien os reciba.» Y habiendo intentado algunos agruparse, cerró la puerta de golpe, y subiendo y abriendo un balcon de mi casa, dijo á las demas mujeres que estaban en la calle: «Id á tocar á fuego para que los hortelanos de *las huertas* acudan.» En un momento se oyeron las campanas, y la procesion siguió su camino. Ya habia anochecido. Leonarda, por mi orden, tomó en brazos á la niña Cecilia para llevarla á su casa; los criados no se atrevian á salir; yo tampoco me atrevia á mandárselo, ni sabia qué resolucion tomar, y me paseaba solo y pensativo por el corredor que da sobre el jardín. Pronto volvieron á escucharse gritos á lo léjos y tiros de salvas. *Viva la Inquisicion y viva el Rey*, gritaban; pero otros gritos, tambien á lo léjos, les contestaban: *Viva Leonarda y don José Somoza*. Estos eran los vecinos de *las huertas*, que, habiendo acudido al pueblo y enterados del asunto, habian tomado sus escopetas para defenderme, y les acompañaban sus mujeres, y Leonarda al frente. Al cabo de algun tiempo cesaron las voces, y pude descansar. Al siguiente día monté á caballo y atravesé el pueblo para ir á *La Pesqueruela*. Todo estaba tranquilo en las calles y la plaza; todos me saludaron con respeto. Llegué al bosque de *La Pesqueruela*, y me senté al pié del risco, cuyo musgo verdeguaba ya por el rocío de la primavera. Al pié de este risco entré el libro de la Constitucion, que traia conmigo; lloré por mis amigos de Madrid, y me recosté sobre la capa para descansar. Allí meditaba sobre el destino de los hombres de bien, cuando una voz agradable de mujer, que venia cantando canciones del país, me

obligó á alzar la cabeza. Era Leonarda, y parecia el genio del bien, que acudia al socorro del inocente desgraciado. Llegó á mí, y entregándome un bolsillo, me dijo: «Este es el dinero que entre mi marido y otros se ha podido juntar para usted; porque mi marido dice que debe usted marcharse, sí, señor, y buscar otra tierra donde no se persiga á los hombres como usted; y lloraba y me apretaba la mano. Yo la obligué á sentarse á mi lado y la dije: «Pero, muchacha, ¿por qué te interesas tanto por mí? ¿Eres liberal? Yo apenas te conozco: ¿no eres recién venida de Madrid y estás casada con Pepe el herrador?—Sí, señor, me respondió; y yo le he querido á usted siempre, porque mi padre, el guarda del monte, nos contaba el bien que nos habia hecho su padre de usted. Una vez, mi pobre padre estando en cama con un brazo roto, envié el señor don Ignacio á un catedrático de Salamanca, que habia venido á curar á su madre de usted, para que curase el brazo á mi padre. Desde entonces siempre que usted pasaba por mi puerta me llamaba mi padre la atencion y decia: *no negará la casta*. Me acuerdo que una tarde de verano, tendria usted nueve años, saltó usted por la cerca de nuestro huerto y se subió usted en el guindo; comenzó usted á echar abajo las ramas con las guindas, y luégo se tendió usted á dormir debajo del árbol. Mi madre, que habia conocido á usted, me dijo: «Él es travieso; pero anda, coge una rama del árbol y estáte á su lado quitándole las moscas para que duerma.»—¿Pero despues no me has vuelto á ver? dije yo.—Sí, señor, en Madrid, porque yo serví en casa de Berganza, el apoderado de la Duquesa de Alba, y le vi á usted en casa y en la de la Duquesa con su padre de usted.—Pero bien, ¿por qué me quieres ahora, que soy liberal? ¿Sabes tú si eso es bueno?—Sí, señor, porque veo que los malos no les pueden ver, y es liberal mi marido, y le quiere á usted tanto como yo. Miré usted lo que dijo mi Pepe el otro día, comiendo con su sobrino el cura de *Sebastian Perez*, y con mi cuñada la molinera de *la Cañada*: dijo mi marido, hablando de usted: *Como ésta es gracia de Dios* (y cogió el pan de la mesa), *que me alegrára de que á don José le gustára alguna mujer para que hubiese hijos de su sangre*.—Cátese usted, señor don José, en pasando estas cosas, porque mi marido dice lo que todos, que se van á acabar los Somozas y se pierde el pueblo.» Entonces reparé que lloraba, y las lágrimas caian en mi mano, que tenia asida la suya.—JOSÉ SOMOZA.

EL ÁRBOL DE LA CHARANGA.

Quien haya estado en Sevilla sabrá que, saliendo de ella por la puerta de Triana y dirigiéndose á la orilla del Guadalquivir, se encuentran algunos álamos, de los cuales uno se llama el de la *Charanga*. Bajo su sombra, y en algunos asientos de piedra que le rodean, se reúne en las tardes hermosas, que lo son casi todas las del año, una tertulia, de conversacion variada y curiosa. La situacion y las vistas no pueden ser más graciosas. El río corre por delante; á la izquierda está el Arenal, paseo siempre concurrido; á la derecha el puente de barcas y un dilatado horizonte azul, en que se oculta el sol en su occidente por entre una multitud de palos y velachos de embarcaciones ancladas. El motivo de reunirse es el de beber agua de la alameda con anises, por un ochavo, en un puesto que allí hay.

Los personajes que concurren no son notables por su jerarquía ni por sus riquezas, sino por su poquísima aprehension sobre el día de mañana. Algun oficial de

(1) La señora doña María del Acebal de Arratia de Usoz, la excelentísima señora doña Paula del Acebal de Arratia de Huet y la señora doña Ramona del Acebal de Arratia de Muñoz y Larrainzar.
(2) Hija del diputado á Cortes Núñez, muerta despues en Madrid, en los brazos de SOMOZA, y llorada amargamente por éste en varias poesias.

francos, otro que ha servido en la marina de suplente de piloto, algún exclaustro ó un actor desechado por viejo, algún dependiente de la Carraca cuando Dios quería, con otras varias gentes, cuyo modo de vivir es un problema que no puede resolverse sino por el general de que, en la tierra de Dios, ni es grave asunto comer, ni necesario abrigarse, ni tampoco encender lumbre. El clima cuida del pobre, y el sol suple las faltas del Gobierno. Así es que la misma miseria no tiene allí ese aspecto lúgubre, feroz, desesperado que en *Los misterios de París* lastima intensamente nuestra vista. En la reunión de que trato reina generalmente el buen humor, se habla de todo, se gobierna el mundo, se dispara en grande, y también se razona muy lógicamente más de cuatro veces.

Esta tarde, de que hablo, tenía la palabra en la sesión un hijo de la tierra, sargento retirado, entrado en días, y que acababa de llegar de Londres, donde había permanecido desde el fin de la guerra de la Independencia. «Señores, decía, desengañémonos; el inglés tiene mucho saber. Yo me he convencido de ello en cerca de treinta años que he vivido (¡cuidado!) entre todo el señorío de *Ingalaterra*, porque ya he dicho á ustedes que me llevó consigo un general de *Welintón*, por una humorada de las que suelen, porque le gustaba oírme tocar la guitarra y cantar la cachucha y el jaleo *probe*, etc. Y allí hubiera dejado los huesos, porque le tomé ley; pero el amor de la patria arrastra al hombre en llegando á mi edad; y su *mercé* se hizo cargo; y ¡Dios se lo pague! me ha señalado un *diario en un comercio* para míentras viva. Pues, como digo, allí los ricos, los señores, los grandes, no son holgazanes. ¡Cá!... Estudian y se aplican más que los demas, si cabe. Sólo he conocido un señorito (sobrino de un lord, por cierto) haragan y dejado. Pero verán ustedes; el tío era mucho de casa, y yo le oía varias veces quejarse á mi general del abandono del sobrino. «¿Quién había de creer, decía, que un muchacho que prometía tanto, que ha hecho tan buenos estudios, que debe, por pundonor y hasta por obligación, sostener y aún aumentar el esplendor, la nobleza de mi casa y de mi nombre, al llegar á la mayor edad se haya hecho indiferente é insensible á todo? En vano le estimulo hácia el honor por todos los caminos. Le indico la carrera militar. *Los héroes no son de moda, ni necesarios*, responde. Pues, sinó, la diplomática. *Soy demasiado claro de color para no sonrojarme*. Pues bien, la legislación, la defensa de las libertades de tus conciudadanos pueden dar celebridad y honor. Como á *O'Connell*, que á estas horas, ni se sabe, ni él sabe lo que quiere. No rabuena; no seas tribuno ni agitador; pero siquiera escribe, publica el resultado de tus meditaciones en política, en moral, en bien de la humanidad. *Se ha escrito todo, y hay que pensar sobre la ejecución*. No le he podido sacar otra palabra del cuerpo, y me tiene aburrido.»

—Mi general le procuraba consolar al tío, haciéndole ver que, al fin, su sobrino no sólo tenía talento é instrucción, sino muy buenas costumbres, ni era dado á las bromas, ni á los juegos, ni á las hijas de Adán. Pero no se tardaron muchos días sin que el tío viniese á casa, apesadumbrado el hombre, que se le podía ahorcar con un cabello, á decir al general que el chico se había largado de la noche á la mañana, despues de haber empeñado ó vendido todo su patrimonio (era rico por su padre é independiente del tío), dejándole una carta que decía: *tío, si no volviésemos á vernos, se habrá usted librado de un inútil sobrino*. Pues señor, oigan ustedes la mayor calaverada que se ha hecho en el uni-

verso, desde nuestro padre Adán. En un demonio de un globo, hecho á su costa y misión, se había soplado de un vuelo en los Estados-Unidos en término de tres días.»

La carcajada de los concurrentes, al oír semejante especie, retumbó en la torre del Oro.

«Echa pólvora á esa bomba, ó que la quiten plomo, que se cae», decía uno; y contestaba otro: «Es que se acuerda el compadre, aunque viene de tan lejos, dónde tiene la pila del bautismo.» Cuando hubieron cesado los apóstrofes al orador, que, cruzados los índices de sus dos manos, juraba por el Señor del gran poder ser verdad lo que había dicho, tomó la palabra un fraile trinitario, que había sido de la redención, y dijo á la concurrencia:

«No hay que reírse ni chancearse. Yo confirmo lo que ha dicho el señor, porque lo han publicado los periódicos. El sobrino de lord Bentinck, en efecto, ha tenido el arrojo de meterse, con otros seis ú ocho pájaros, de esos que llaman filósofos, en un globo aerostático, al cual se da dirección con tanta facilidad como un caletero guía su calesa á la plaza de toros. La perfección de la máquina se debe á haberla aplicado el llamado *tornillo Arquímedes*.

«—Pero ¿qué es el tornillo de Arquímedes? preguntaron algunos concurrentes.—No es muy fácil explicarlo: es, acabando en pocas palabras, la jeringa con que Inglaterra administra los *clisterios* á la Europa. El *tornillo de Arquímedes*, que aplicaron los ingleses hace veinte años á la navegación por el vapor, neutralizó enteramente las serias medidas coercitivas y reaccionarias de la Santa Alianza; y hoy, que ya por fin la Europa conoce y adopta el uso de la navegación por el vapor, que tan inmensas ventajas ha proporcionado á la nación inglesa, como prueba claramente el Príncipe de Joinville en su Memoria (que es también un *clisterio* á su padre), salimos con esta nueva maula y artimaña del *tornillo de Arquímedes*, para que los señores inglesitos se suban á pasear por encima de nuestras cabezas. Así puede decirse, por desgracia, que la gente de aquella tierra siempre se halla con un sentido más que los demas.

«—Por de pronto, lo que á mí se me ocurre, dijo un cesante de aduanas, es que ya es excusada é inútil toda nuestra oposición al tratado de comercio. Porque excusado será que se multipliquen ejércitos de carabineros en las costas y fronteras: en una sola noche Gibraltar nos vaciará más fardos algodones que pueden fabricarse en este siglo. Y no sólo las costas serán inundadas por el contrabando, lo serán las provincias interiores. Había que poner resguardo sobre las azoteas y tejados, para impedir que los géneros entrasen por las buhardillas.

«—Todo eso es cierto, señores, dijo un patron de barco; pero también lo es que el tal descubrimiento puede ser muy útil á la humanidad. Si se atraviesa el Atlántico en tres días, en quince se dará la vuelta al globo, y el globo, así cruzado en todas direcciones, llegaría á ser muy pronto como la habitación de una sola familia; seríamos todos unos en lenguaje, en costumbres y aún en opiniones. Los tesoros del saber humano circularían, se propagarían por todo el universo como los rayos de la luz solar. ¡Qué adelantamientos no resultarían para la geografía, para la astronomía, para todas las ciencias, para todos los artes, para las letras todas! Resultaría, además, por precisa consecuencia, minorarse ó extinguirse las aversiones, los odios, las desavenencias, las guerras, y aumentarse en la proporción

misma y prodigiosamente los medios de subsistencia para todos los pueblos, para todos los hombres.—Eso pido, exclamó otro. ¡Caramba!... que está uno aquí como el animal de América, que llaman el *perezoso*, que tiene que vivir y que morir en el tronco en que nace; porque si los frutos de él no son bastantes para mantenerse, perece de extenuación ántes de tener tiempo suficiente para arrastrarse á otro árbol. No, señor; que haya medios de moverse y trasladarse y buscar la subsistencia en todos los países habitables. Esto es bueno para el pobre, y para el rico también es conveniencia poder pasar la mañana en Valencia, el mediodía en París, y la noche en la ópera de Londres. Es cosa sumamente saludable poder mudar de clima y de temperatura á discreción; ir á invernar á las tierras meridionales y pasar el verano en las del Norte; en fin, no tener uno envidia á los chorlitos.»

Y se rieron y se levantaron todos, porque oscurecía, y cada cual se retiró embozándose y encendiendo el cigarro á la candela del puesto de agua, que ya enviaba su reflejo al río y al *Árbol de la Charanga*.—José SOMOZA.

LAS FUNCIONES PATRIÓTICAS EN UN PUEBLO DE CASTILLA EN 1835.

En la plaza, delante de la casa del Ayuntamiento, está un piquete de milicia urbana, que tiene los fusiles en pabellón. Es la hora de los novillos, y sólo se espera, para comenzar, al señor Gobernador civil, que debe presidir en el balcón del consistorio. El cabo Barra, cruzado de brazos y con la cabeza baja, silba el himno de Riego, sin mostrar la impaciencia que sus compañeros. «¿Qué dice usted á esto, señor Félix? le preguntan algunos.—¿Quién, yo? dijo el cabo Barra, con una sonrisa amarga, que prolongó sus bigotes hasta las orejas: desde que le vi ayer al gobernador este, en la otra villa, dar los vivos, cuando recibimos al gobernador de la otra provincia, dije: *No serás tú el Dios que me ha de salvar á mí*. ¡El otro que le vino á visitar, sí que puede ser templado! Sin fantasía ninguna y como si fuera un naide, con su sombrero blanco y su pantalón de lienzo (aunque es urbano); nos dijo nada más: *Ciudadanos se trata de ser libres; viva la libertad!*.....—Cabo de escuadra....., gritó el comandante entonces, vaya usted con cuatro hombres á ver qué riña es aquella, á la puerta del Triste.»

Era la tía Conejera quien gritaba en un gran corro de hombres y mujeres, que aplaudían con grandes carcajadas los denuestos que estaba vomitando contra el secretario del Ayuntamiento.—Sí, picaro, lo digo, que es un picaro; que ahora da los novillos suyos, para que los corran y hacer el obsequio al señor Gobernador, porque éste no le quite la secretaría; y cuando cayó la lápida, echó todo el tintero sobre el renglón del índice donde rezaba que había sido nacional voluntario, ¡el bribonazo!—Vamos, tenga usted prudencia, la dijo el cabo Barra, y vea usted el sitio donde estamos. No es regular, tía Tomasa, aguararnos la función que hacemos á nuestra Reina.—¿Y á mí qué me importa, gritó la Conejera, que mande Perico el de los..... y no dijo *Patotes*, sino otra desvergüenza. Ni es fácil inferir las desvergüenzas que hubiera ensartado, si no hubiera tenido que separarse el grupo que la rodeaba, para dar lugar á que entrase, por la puerta del mesón del Triste, una partida del resguardo, que venía preguntando por el herrador. El herrador, que estaba ya colocado sobre un

poyo del mostrador para ver los novillos, se hacia el sordo. «Venga usted, señor mariscal, gritaba el comandante de la ronda, á echar á mi caballo algunos clavos.»

Los clavos, ¡qué compasión!

(cantaba el herrador esperezándose),

Y espigas que le sacaron,
Segunda vez traspasaron
De María el corazón.

Pero, poniéndose en pié sobre el poyo, exclamó en alta voz el herrador: «¡Calle..... el Administrador convidado al balcón de Ayuntamiento!—¡El Administrador!.....», repitieron en otro ángulo de la plaza, y cundió la palabra por el circo entero, encarándose todos los espectadores al balcón de Ayuntamiento. En efecto, á la izquierda del Gobernador se veía una gran cara, adornada con una peluca bermeja. «El que echó tantas firmas contra los liberales, decían; el que nos robó en el año 23 y echó la culpa á los negros.» Y cuanto más impertérrito permanecía el hombre en su asiento, más tenaz y más terco estaba el público en gritar: «Vaya fuera del Ayuntamiento.....» Y hubiera pasado á más el alboroto, si una buena alma no hubiera tenido la buena ocurrencia de hacer echar á la plaza el primer campeon.

Hay en medio de la plaza una abundante fuente, que arroja el agua desde una taza, copa ó urna de granito, colocada sobre una columna estriada, y vierte en un pilón profundo, espacioso y siempre lleno. Sobre el alto pretil de este pilón se había subido un pobre forastero, huyendo del novillo que acababa de salir, y que, en su primer carrera al rededor de la plaza, la había dejado barrida de gente. El carnicero del pueblo, que sabe sacar la capa, echó la primera suerte; y para dar diversión al señor Gobernador y á todos los espectadores, fingiendo que el novillo le seguía, partió á toda carrera hácia la fuente, y dió un fuerte empujón al pobre forastero, haciéndole caer y zambullirse en el agua del pilón. La general carcajada fué estrepitosa y seguida de palmadas de aprobación, y una y otra fueron repetidas cuando se vió salir al desdichado, transido, trémulo y aturdido con el peso, no sólo del agua que empapaba su ropa, sino del escarnio público.

Mil gentes se descuelgan de los tendidos, y le cercan y le silban, y le echan aire con los sombreros. De todas partes gritan: «Será un vago, un faccioso, algún espía. ¿A qué no trae pasaporte? ¡A la cárcel!... Echarle un par de grillos, para que declare.»—No era un vago, ni un espía, ni un faccioso. Era un jóven extremeño, que había venido buscando jornal. Tenía diez y seis años, y era muy agraciado de semblante y de muy gentil cuerpo, hermosos ojos y cabello rubio suavemente rizado; pero estaba ojoso, y caídas sus negras y largas pestañas sobre los cárdenos párpados. Un París ó un Adónis con cuartanas; porque cuartanas tenía, sin duda ocasionadas por la miseria y la fatiga. Yo le vi, y yo contemplé la afición profunda é intensa de aquel amable sér, igual mio por la ley (irrisoria igualdad), abandonado en medio de la creación, sin que nadie le ofreciera una mano compasiva en que apoyar su cabeza, ni una camisa para enjugar sus carnes, ni una voz, ni un suspiro de consuelo. ¿Y ésta es la sociedad perfeccionada, la civilización europea? Este hombre, entre los salvajes, hubiera poseído y gozado, ó hubiera perecido en la caza ó en la pesca; en los gobiernos griegos y romanos hubieran podido ahogarle sus padres, si no podían mantenerle. Pero aquí no, ni aún suicidarse puede; se lo pro-